

cos, y unas obras antiguas de los Indios resguardaban los otros lados. Agradóle tanto á Hernández la posición por lo fácil de su defensa y la ventaja que le proporcionaba de mantener la gente recogida de manera que no pudiera desertársele, que se resolvió á esperar en ella al Mariscal.

Informado éste de la fortaleza de la posición de su contrario, quiso acometerle en aquella misma noche; mas cuando comunicó aquel plan á sus oficiales, éstos se empeñaron en apartarle de su propósito, representándole las dificultades que tenía que vencer, y añadiéndole que mejor sería mantenerse á la vista aguardando que el ejército contrario se deshiciese por sí mismo, según ya daba muestras de suceder, visto el gran número de soldados que todos los días abandonaban sus banderas. De nada sirvieron estas razones y otras muchas para convencer al Mariscal, quien firme en su propósito mandó que una partida de arcabuceros bajase hasta el río y trabase escaramuza con el enemigo, que luego él iría en su seguimiento con el resto de la tropa. Los oficiales que asistieron á la consulta se separaron muy disgustados de la obstinación del Mariscal, anunciando lo que había de suceder poco después.

Al amanecer del veinte de Mayo se puso

en práctica la determinación de Alvarado. Bajaron al río los arcabuceros, según quedó dispuesto, y tras ellos caminó el Mariscal. En la orilla opuesta colocó Girón sus tiradores emboscados tras de los árboles y piedras, de manera que los realistas recibían los tiros, sin saber de dónde salían. Acaloróse la escaramuza más de lo que se pensaba, y fué preciso que Alvarado enviase más gente de refuerzo para sostener el combate; pero viendo que su tropa padecía mucho sin que pudiese hacer daño al enemigo, dispuso retirarse.

Convocó de nuevo el Mariscal á sus oficiales para pedirles consejo, manifestándoles grandes deseos de dar la batalla al día siguiente. Volvieron los oficiales á exponerle las mismas razones, apoyándolas con lo sucedido aquel día, y por fin lograron que les diese su palabra de no acometer. Mas en una escaramuza que tuvieron las avanzadas aquella misma noche, se pasó un oficial de Girón, é hizo tal pintura de la debilidad de éste y de la poca voluntad con que su gente le seguía, que el Mariscal varió de opinión y se empeñó en presentar la batalla, sin querer escuchar más las observaciones de sus capitanes. Por un falso principio de honor creía una afrenta el no combatir al enemigo que tenía á la vista:

podiera haber recobrado el desastroso fin de la batalla de Huarina, debido principalmente á este equivocado pundonor.

Era tal su impaciencia, que, á pesar de ser ya tarde, no quiso diferir la acción para el siguiente día, sino que inmediatamente comenzó á tomar sus disposiciones para el ataque. Despachó por delante dos trozos de arcabuceros para que por derecha é izquierda se aproximasen lo más que pudiesen al campo contrario, y á una señal convenida emprendiesen cada uno por su lado un falso ataque, con el fin de llamar la atención del enemigo, mientras que el grueso del ejército bajaba al río por una senda muy áspera, y lo vadeaba. Los Indios de guerra que tenía, mandó que rodeasen el campo de Girón y le molestasen con sus armas arrojadizas, mientras los Españoles sostenían el combate. Contaba además el Mariscal con que las tropas rebeldes abandonarían á su caudillo, como en Xaquixaguana, y de ese modo tal vez podría alcanzar la victoria, sin derramamiento de sangre. Tomadas estas disposiciones arengó á sus tropas, exhortándolas á cumplir con su deber, y añadiendo grandes promesas para moverlas con más eficacia.

Cuando Hernández vió estos preparativos conoció que era llegada la hora de la

batalla. Habló también á los suyos y les dijo que no tenían más alternativa que vencer ó morir, y desde luego comenzó á ordenar su gente. Separó un cuerpo de arcabuceros para que resistiesen á los que enviaba Alvarado por la izquierda, y el resto de ellos los repartió en aquellos pequeños pelotones emboscándolos tras las piedras, árboles y quiebras del terreno para que tirasen sobre firme y aprovecharan bien los tiros. La caballería la colocó á retaguardia, porque en aquel terreno le era de muy poca utilidad.

Pasó el río el primer destacamento de los realistas mandado por Martín de Robles, que había sido uno de los que mostraron más empeño en que se diese la batalla, y faltando á la subordinación debida por el deseo de alcanzar exclusivamente el honor de la victoria no aguardó la señal de su jefe, sino que aun antes de que los suyos acabasen de pasar el río acometió al enemigo. Recibióle éste con buen ánimo y después de un reñido combate los realistas tuvieron que retroceder. El destacamento de la derecha imitó el ejemplo de Robles; pero los mismos que derrotaron á éste, cayeron sobre el otro trozo y lograron igual ventaja.

Viendo el mariscal empeñada la acción

contra sus órdenes, creyó remediar el daño tomando parte en ella con el grueso de su ejército. Apresuró la marcha de las tropas que bajaban hacia el río; pero se encontró que el vado era más profundo de lo que se había creído, y el agua inutilizaba las armas y municiones de los arcabuceros. El enemigo en el entretanto no cesaba de hacer un fuego mortífero; comenzó el desorden en las filas del Mariscal, y sus esfuerzos no alcanzaban á contenerlo. Los que habían pasado el río acometían sin orden ni concierto, y por lo mismo eran fácilmente rechazados. A pesar de eso, Hernández creyó conveniente retirarse un poco para guarecerse en unas cercas y defenderse contra la caballería de Alvarado. De dos entradas que quedaban abiertas á las tropas realistas, cerró la una con todos sus bagajes y caballerías, y la otra estaba defendida por varios tiradores diestros, de manera que todos los que intentaban adelantar un paso por aquella senda estrecha, caían muertos al punto. Los que trataron de penetrar por el otro camino, tan luego como llegaron al lugar en que Hernández había colocado los bagajes, no fué posible obligarlos á que pasasen adelante. Entregáronse al saqueo sin escuchar la voz de

sus jefes, (17) y cuando cada uno hubo tomado lo que encontró, sólo pensó en ponerse en salvo con su botín. Aquellos disparos cayeron sobre las demás tropas que aun conservaban algún orden, las desbarataron y todos emprendieron la fuga, cada uno por donde pudo, incluso el Mariscal.

Alzó inmediatamente el ejército de Hernández el grito de "victoria," y saliendo de sus atrincheramientos emprendió el alcance de los fugitivos. Este no fué largo ni sangriento. Los vencidos se rendían de buena voluntad y no eran maltratados. Los vencedores lograron un cuantioso botín en el campamento de los realistas, (18) aunque algo lo habían menoscabado los Indios, quienes saquearon el campo real cuando se declaró la victoria por Hernández, y luego el de Hernández cuando éste salió en persecución de los fugitivos. La derrota de Alvarado fué completa. Dejó en el campo más de cien hombres muertos, más de doscientos heridos, y un número considerable de prisioneros que pasarían de trescientos. Perdió además todas sus armas, municio-

[17] «Y muchos dexauan los arcabuzes y lanças; y yuan á robar. Que diré? sino que en la mayor priessa; sacó vn soldado vn barril de con-seiua y muchos se juntaron á comer del sin verguenga alguna.» Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 45.

[18] «Robòse el campo mas rico que jamas vuo en el Perú.» Ibid, ubi supra.

nes y bagaje, sin que de todo su lucido ejército quedasen cuatro hombres juntos. El Mariscal mismo salió herido y se escapó con harta dificultad. La pérdida de los rebeldes fué insignificante. Hernández no abusó de su victoria, derramando la sangre de los vencidos; (19) antes por el contrario cuidó de los heridos y les ministró cuantos auxilios estuvieron en su mano. (20)

La victoria de Chuquina abrió á Hernández las puertas del Cuzco; pero no quiso entrar á la ciudad, sino que se mantuvo en el campo de batalla cuidando de los heridos y reorganizando su ejército. Contentóse con enviar á su teniente, el licenciado Alvarado, para que saquease la ciudad, é igual comisión dió á otros capitanes para diversas poblaciones del Sur. El licenciado cumplió fielmente con su encargo y despojó á los vecinos de la capital de cuanto tenían; quitó las campanas de las iglesias para fundir artillería, y por denuncia de un

[19] Solo hizo ajusticiar á unos pocos, entre ellos á un soldado que se le desertó durante la acción, y mató de un arcabuzazo á un caballero del ejército de Hernández, creyendo equivocadamente que era este, por ir con igual vestido. El maestre de campo Alvarado, que durante la acción no hizo nada de provecho, concluida esta mató algunos realistas sin permiso y aun contra la voluntad de su jefe.

[20] Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 13-18—Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 40-45.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 9, cap. 17-21; lib. 10, cap. 1, 2—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., p. 336.

desertor descubrió y se apoderó de una crecida cantidad de plata que sus dueños tenían escondida. (21) Iguales excesos se cometieron en las otras ciudades, pero conviene dejar un momento á Hernández y á su ejército para ver lo que pasaba en el campo de los oidores.

La nueva del desbarate de Villacuri causó la mayor consternación en el ejército, porque se aguardaba que bastaría la partida que salió con Meneses para *abatir la soberbia del tirano*, y ya muchos daban por concluida la guerra. Los dispersos que iban llegando maltratados, heridos y sin armas, confirmaron las fatales noticias, y conociendo la Audiencia que todos aquellos males se originaban de la falta de armonía entre los generales, que en toda ocasión se manifestaban, resolvió remediar el daño depeniéndolos de su empleo, y así lo hizo. Aturdidos aquellos generales improvisados al ver las fatales consecuencias de su poca cordura no osaron oponer resistencia, y quedó mandando el ejército Pablo de Meneses, el derrotado en Villacuri, siendo su segundo D. Pedro Portocarrero, conquistador de los más respetables.

[21] «Estas dos partidas, según el precio común de las barras de aquel tiempo, montaron ciento y veinte y seys mil ducados castellanos, de á trezientos y setenta y cinco maravedis.» Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 20.

Resolvióse entonces, no sin grandes disputas y contradicciones, que todo el ejército real caminase hacia el sur siguiendo las huellas de Hernández, y en efecto caminó por la costa hasta llegar á Chíncha donde hizo alto, creyéndose comunmente que Girón caería en manos del Mariscal Alvarado. Fué por lo mismo más inesperado el golpe de la derrota de Chuquinga que se supo en aquellos días, y que obligó á los oidores á pensar seriamente en resistir á un rebelde que alcanzaba victorias casi increíbles, cuando parecía más próximo á sucumbir. (22) Recogieronse los dispersos que llegaban del campo de Chuquinga, y se procuró darles armas y nueva organización para que engrosasen las filas del ejército. Se dispuso además que con él marchase la Audiencia para darle mayor autoridad, y todas las fuerzas emprendieron su marcha para el sur en busca de Francisco Hernández. Pasaron con felicidad el río Abancay por un puente que hicieron, y el de Apurímac por un vado, y llegaron á dar vista al Cuzco. Hernández dando crédito á ciertos agüeros supersticiosos, no quiso entrar en esta ciudad, sino que pasó

[22] «Francisco Hernandez estando vencido venció al mariscal y su gerte.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., pag. 386.

adelante, siempre retirándose sin oponer resistencia ni aun intentarla en los pasos de los ríos, de manera que el ejército real se posesionó sin tropiezo de la capital de los Incas.

No se detuvieron mucho tiempo en ella los realistas, pues á poco salieron otra vez en seguimiento de Hernández, y éste vino al fin á situarse en el valle de Pucará, á cuarenta leguas del Cuzco y no lejos de la laguna de Titicaca. Era un valle pequeño de la sierra de Vilcanota rodeado por todos lados de montañas inaccesibles, y con sólo una entrada difícil y tortuosa. Había en él grandes ruinas de edificios antiguos, (23) y era un punto muy propio para la defensa. Los oidores asentaron su campo al otro lado de un río á la vista del de Hernández y dentro del alcance de su artillería. Pasáronse así varios días sin que ningún partido se atreviese á presentar batalla, aunque eran continuas las escaramuzas, que casi siempre solían concluir por la desertión de algunos soldados de Hernández. Al cabo éste resolvió contra la opinión de sus oficiales, sorprender una noche el campo real, pero no faltó, según costumbre, un desertor que publicase su designio y avisase á

(23) Cieza de León, Crónica, cap. 102.

los oidores para que estuviesen prevenidos. En efecto aquella misma noche cerca ya del alba cayó Hernández con todas sus fuerzas sobre el campo enemigo y se trabó una reñida batalla en la oscuridad. Por lo mismo los tiros eran poco certeros y no causaron grave daño; pero Hernández fué rechazado en todas partes y se vió precisado á volver á sus antiguas posiciones, dejándose un regular número de prisioneros.

Desanimada su gente con este golpe abandonaba en pelotones sus filas, y Hernández veía con dolor como todos los suyos iban siguiendo el mal ejemplo de dos capitanes principales que se habían pasado en aquellos días, habiendo pedido antes y logrado que los oidores les perdonasen. Mas esta precaución no bastó para salvarlos, como luego veremos.

Viendo Hernández que los suyos le abandonaban, no tuvo escrúpulos en abandonarlos á su vez, y así montó á caballo, y sin comunicar á nadie su designio salió del campamento, con cualquier pretexto, dejando sola y desmayada á su buena esposa que había partido con él todos los trabajos y peligros de la guerra. Se le había trastornado de tal modo á Hernández la cabeza, que después de caminar toda la noche se encontró al amanecer á las orillas

de su campo, y tuvo que emprender de nuevo su fuga. Su ejército se desbarató tan luego como faltó el general, y los que eran demasiado culpados para esperar perdón, trataron también de ponerse en salvo.

Apenas se supo esta fuga en el campo real, mandaron los oidores diversas partidas al alcance de los prófugos. El primero que hubieron á las manos fué el licenciado Alvarado, y por justo castigo de sus crímenes le dieron garrote inmediatamente. "Pequeño castigo para hombre tan inhumano," dice Herrera. (24) Nos le pintan como letrado ignorante, soldado cruel y por lo mismo cobarde, que nunca fué de provecho en campaña, ni mató más enemigos que los que entregó á su verdugo.

Francisco Hernández huía hacia el Norte esperando que podría llegar á las provincias de Quito donde había servido mucho tiempo y tenía gran número de amigos que podrían ayudarle en su desgracia. Pero una partida de realistas le alcanzó en el valle de Jauja, y aun trató de oponerles resistencia con algunos compañeros que se le habían juntado por el camino, éstos se negaron á defenderle y se vió precisado á entregarse. Los aprehensores entraron

[24] Hist. General dec. 8, lib. 10, cap. 14.

muy ufanos con su preso en la ciudad de Lima, y allí fue puesto en una cárcel segura.

El proceso no fué largo, porque el delito era patente y el castigo que merecía estaba señalado de antemano. Fué sentenciado á ser arrastrado hasta el lugar del suplicio, mientras que el pregonero iba publicando sus delitos, (25) y que allí se le cortase la cabeza. Así se ejecutó, y dicen que al tiempo de morir se mostró arrepentido de los males que había causado. Su cabeza fué colocada en lugar público junto á las de Gonzalo de Pizarro y Francisco de Carbal, hasta que pasados algunos años unos caballeros amigos suyos las quitaron secretamente y quedaron depositadas en el convento de San Francisco. (26)

[25] «Esta es la justicia que manda hazer su Magestad, y el magnifico Cauallero don Pedro Puerto Carrero Maestro de campo, á este hombre por traydor á la corona Real, é alborotador destos Reynos: mandanle cortar la cabeza por ello; y fixarla en el Rollo desta ciudad; y que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas, vn Marmol con vn rotulo que declare su delito.» [Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 58]. No consta la fecha de la muerte de Hernández, pero debió ser hacia el 20 de Diciembre de 1554, porque entró preso en la ciudad el día 7. La última parte de la sentencia no se cumplió, porque sus casas que estaban en el Cuzco no fueron derribadas. [Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 80]. Su esposa Doña Mencía se retiró á un convento de Lima donde vivió ejemplarmente el resto de sus días, hasta que falleció de edad muy avanzada [Ibid., ubi supra.—Montalvo. El Sol del Nuevo Mundo, [Roma, 1633], lib. 1, cap. 12].

(26) Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 19-30.—Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 45, 47, 49-56, 58.—Herrera, Hist. General, déc, 8, lib. 10, cap. 3-8, 10-16

Tenía Francisco Hernández Girón cuando murió unos cuarenta y tres años, y hacía más de veinte que había pasado á las Indias. Era de carácter humano y compasivo; nunca se manchó con ninguna acción cruel mientras duró su rebelión, y desaprobó muchas veces los excesos de su maestre de campo. (27) Era sí harto supersticioso y andaba rodeado de astrólogos y adivinos, á cuyos pronósticos daba fe implícita. Sirvió siempre en las provincias del norte, y cuando llegó el virrey Blasco Núñez abrazó su partido y peleó con valor en la batalla de Añaquito. No deja de ser extraño que entonces defendiese con tal empeño al ejecutor de las odiosas ordenanzas, el mismo que después había de perder la vida por lograr su revocación. Muerto el virrey le dejaron libre los vencedores y se volvió á las provincias de Quito, de cuyo mando quedó encargado cuando Benalcázar partió para España. A la llegada de Gasca vino á unirse con él en el valle de Jauja, y se halló también bajo el estandarte real en la derrota

—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., pág. 336-383.—Calancha. Crónica, lib. 1, cap. 29; lib. 2, cap. 33.

[27] «Descubrió maravillosa fortaleza de animo, acompañada con piedad: porque con afabilidad, i mansedumbre hablaba á todos, miraba los heridos, i losnimaba, i consolaba, i regalaba, dandoles muchas esperanças... i en otras cosas mostró pecho de valor i ánimo generoso.» Herrera, Hist. General, déc. 8 lib. 10, cap 3.

de Xaquixaguana. Por premio de sus servicios le dieron un repartimiento; parecióle poco, y en mala hora para él quiso alcanzar más con las armas. Creyó que á su voz se reunirían en derredor suyo todos los descontentos; pero éstos si bien odiaban al gobierno preferían conservar lo que les dejaba, á aventurarlo todo en una lucha contra la autoridad real, que era la que al cabo había de prevalecer en el país, de lo cual pocos dudaban. Arrojóse á la misma empresa de Gonzalo Pizarro sin contar con las ventajas que tenía aquel á su favor; sin embargo, el presidente Gasca ya no estaba allí, y con sólo que los suyos le hubiesen sido fieles, podrían haber derribado al débil y desorganizado gobierno de los oidores. Mas era tal el ascendiente que había tomado en el país el nombre del rey, que ni aun la victoria bastó para fijar los ánimos inconstantes de sus compañeros. Era destino suyo el quedar derrotado después de alcanzar un triunfo, y sólo le servían para facilitarle la retirada. En Villacuri derrotó á los contrarios, y perdió más gente que ellos: en Chuquinga alcanzó una señalada victoria (28) y no pudo sacar partido de ella. No podemos

(28) «Una de las mayores victorias, que en aquel Imperio ha auido, que fue la de Chuquinca.» Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 25.

culparle de falta de actividad ni de talento, porque nada podía hacer con sus soldados que abandonaban sus filas tan luego como le perdían de vista. El lucido ejército del procurador del pueblo se deshizo como de un soplo en Xaquixaguana: ¿qué esperanza podía quedar á Hernández en Pucará? Los que le obligaron á lanzarse á la arena, le abandonaron y le dejaron solo en ella para que resistiese aislado el choque de los enemigos: no es maravilla que sucumbiese por débiles que éstos fuesen. Con la muerte de Hernández acabaron para siempre las guerras civiles del Perú: él fué la última víctima *española* sacrificada á la seguridad del país.

Satisfecha la justicia con el castigo de los delincuentes, quedaba por desempeñar la tarea más ardua de premiar á los beneméritos. No aguardaron éstos á que Hernández fuese preso ni ajusticiado, sino que inmediatamente después de la derrota de Pucará dieron por concluída la guerra, y acudieron á la Audiencia pidiendo la recompensa de sus servicios y el cumplimiento de las promesas hechas, de que á la verdad no habían andado avaros los oidores para atraer gente á sus banderas y hacerla pelear con ánimo. De las súplicas pasaron á las murmuraciones, y fué preciso que uno

de los oidores hablase á los pretendientes y procurase calmarlos. No dejó de costarle algún trabajo; pero al cabo consiguió que cediesen por entonces y aguardasen la llegada del nuevo virrey que se sabía estaba ya en camino y que efectivamente no tardó en llegar al Perú según vamos á referir. (29)

CAPITULO IV.

LLEGA AL PERÚ EL NUEVO VIRREY.—ABDICACIÓN DEL INCA SAYRI TUPAC.—EXPEDICIÓN Á CHILE.—MUERTE DE ALGUNOS CONQUISTADORES.—LA DEL VIRREY.—EL CONDE DE NIEVA.—SU DESGRACIADA MUERTE.—EL LICENCIADO CASTRO.—D FRANCISCO DE TOLEDO.—SUPPLICIO DEL INCA TUPAC DE AMARU.—CORSARIOS INGLESES.—VUELVE EL VIRREY Á ESPAÑA, Y MUERE.

1555 - 1581.

Hallábase en Flandes el Emperador Carlos V. cuando recibió la noticia de la muerte del virrey D. Antonio de Mendoza, y trató de nombrarle sucesor inmediatamente

(29) Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 30.

para no dar lugar á que con la falta de gobernador se turbase de nuevo la tranquilidad de aquellas provincias. Después de un detenido examen escogió para este delicado puesto á D. Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, quien aceptó el nombramiento, pero exigió poderes tan amplios como los que llevó el presidente Gasca. Las circunstancias no eran ya las mismas, y el Marqués de Cañete no halló en los consejeros del monarca la misma disposición á concederlos. Al fin logró que se le diesen, y después de haber recibido del gobierno las instrucciones necesarias, se embarcó en San Lúcar en el mes de Octubre de 1555 (1)

Después de sufrir algunas tempestades en la travesía, aportó el virrey á Nombre de Dios, y se detuvo algún tiempo en la tierra firme para tomar residencia á los oficiales reales, y deshacer una reunión considerable de negros fugitivos que habían tomado las armas y cometían mil robos y excesos. Arreglados ambos asuntos á su satisfacción, pasó al Perú por mar, y entró en

[1] Fernández, Hist. del Perú. Parte 2, lib. 3, cap. 2.—Herrera, Hist. General, déc 8, lib. 10, cap. 17.

Con el nombramiento del Marqués de Cañete para el virreinato, termina Herrera su grande obra en la parte relativa al Perú. La continuación de sus Décadas que escribió el cronista Pulgar y comprendía desde el año 1555 hasta el de 1584, no se ha dado á luz, ni tengo noticia acerca del MS. original, que estuvo en la librería de Barcia, y que no encuentro citado por ningún autor moderno.